

MARIA, cuyo nombre  
 Es música mas suave  
 Que el cántico del ave  
 Y que del agua el són,  
 Tu nombre sea fuente  
 Dó beban su armonía  
 Mi tosca poesía,  
 Mi pobre inspiración.

MARIA, á cuyo nombre  
 La divinal justicia  
 Al pecador propicia  
 Se inclina á perdonar,  
 Tu nombre sea, cuando  
 La eternidad se me abra,  
 La última palabra  
 Que exhale al espirar.

## LA PRESENTACION.

(21 de Noviembre.)

### I.

Arrastraba el Cison sus orgullosas  
 Corrientes, que á los turbios vendabales  
 Del equinoccio hervian espumosas,  
 Sus fértiles riberas deleitosas  
 Inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina  
 De nieves en la cima gigantéa  
 Del Carmelo, y la escarcha matutina  
 Cubria con su alfombra cristalina  
 La llanura feraz de Galiléa,



Quando los dos esposos emprendieron  
De Salem el camino trabajoso:  
Y huyendo del invierno riguroso  
Atravesar los valles resolvieron  
Sendero largo más, no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras  
Y los desnudos montes de Samaria  
Cuya tierra fecunda en quebraduras,  
Torrentes espumosos y en oscuras  
Cuevas, jamas fué al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo  
Por la dulce pendiente embalsamada  
Entraron de Saron en la llanura  
Que es el mas fértil y salubre suelo  
Que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas  
Aromáticos cedros y palmeras  
Cimbradoras, y espesos abedules,  
Tilos de flores cárdenas y azules,  
Ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura  
El plátano, delicia de los valles,  
Y el viejo olivo de inmortal verdura  
Sombra á las cepas dá jugo y frescura,  
Formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas,  
Terebintos, abetos y granados,  
Brotan allí jaspeadas clavellinas,  
Renúnculos y rosas purpurinas,  
Cárdenos lirios y alhelis violados.

Tal era la region y es todavía  
Por donde lentamente caminaban  
Los venturosos padres de MARIA:  
Y por gozar sus auras y alegría  
El camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia  
Para con Dios, sus pechos paternales  
En el tiempo al pensar de aquella ausencia  
Sentian asaltar ansias mortales,  
Su vejez preveyendo y su indigencia.



Así un día tras otro su camino  
 A la santa ciudad siguiendo fueron  
 Y desde un cerro á la ciudad vecino  
 Al resplandor del astro matutino  
 Un día de Salem las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas  
 De el sol del mismo día, por la puerta  
 Entraron de Efraim y por sinuosas  
 Y angostas callejuelas tenebrosas  
 Dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Joaquin bien avanzada,  
 Largo el viage, el camino fatigoso,  
 De la puerta oriental en retirada  
 Mansion, de gente misera posada,  
 Se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viage  
 Buscó Joaquin los cándidos presentes  
 Del religioso y sólito homenaje,  
 De la familia de Ana y su linaje  
 Convocando á la par á los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla  
 Que debía servir de ofrenda pura,  
 Y de harina un gomor cuya blancura  
 Escedia á la nieve que al sol brilla  
 Del empinado Libano en la altura.

Subió la numerosa comitiva  
 Con espléndidos trages adornada  
 Del Dios Omnipotente á la morada,  
 Y á su frente marchaba con fé viva,  
 Superior á su edad, la presentada.

En el patio exterior á do primero  
 Llegaron, que jamás traslimitaba  
 Bajo pena de muerte el extranjero,  
 Ante el dorado pórtico severo,  
 De gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales  
 Eran, los sapientísimos doctores  
 De la ley, fariseos fingidores,  
 Levitas, magistrados, generales  
 Y matronas ilústrs y señores:



Pues quiso Jehová que la dichosa Y  
 Virgen que por recónditos caminos  
 Venia destinada á ser su esposa Y  
 Llegase á su morada suntuosa  
 Con pompa conveniente á sus destinos.

## II.

Detuvo el paso lento  
 La fausta comitiva  
 Tocando el pavimento  
 Del encumbrado *Chel* (2),  
 Y la profana gente  
 La faz humilló altiva  
 Ante la faz ardiente  
 Del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta  
 Giró sobre sus gonces:  
 Entró Miriam incierta  
 Del sacerdote en pós  
 Y pudo el pueblo entonces  
 Mirar por un instante  
 El fondo centelleante  
 De la mansion de Dios.

Sus bóvedas doradas  
 Con oriental riqueza,  
 Sus piedras afirmadas  
 Con llantas de metal,  
 Sus sólidos pilares  
 Dó apoyan en su alteza  
 Los techos tutelares  
 Del Santuario real.

El pórtico sagrado  
 Pasó Miriam: su planta  
 En la comarca santa  
 Siguieron nada más  
 Sus padres y parientes,  
 Y víctima mas pura  
 En su réal clausura  
 No penetró jamas.

En el umbral postrero  
 De un patio donde crecen  
 El verde limonero  
 De amarillenta flor,  
 El tamarindo umbroso  
 Y el láuro, que estremece  
 Con ruido sonoro  
 Su perennal verdor,



Los viejos sacerdotes  
 Y los Levitas graves,  
 De cánticos süaves,  
 Y del salterio al són,  
 A recibir salieron  
 A la sin par MARIA,  
 Que á Jehováh ofrecia  
 Su casto corazón.

Fué el blanco corderillo  
 Sacrificado: el fuego  
 De sus entrañas luego  
 La carne consumió:  
 Se hicieron libaciones  
 De aceite, sangre y vino  
 Ante el altar divino  
 Dó el holocausto ardió.

En platos de oro puestos,  
 Los destrozados restos  
 De la inmolada víctima  
 Se hicieron repartir,  
 Segun de aquellas gentes  
 Costumbre, á los parientes  
 De Ana, que sus lágrimas  
 No acierta á reprimir.

Tendieron de MARIA  
 Sobre la real cabeza  
 Un velo, de pureza  
 Virgínea señal  
 Como la nieve blanco,  
 Mas de menor blancura  
 Que la inocencia pura  
 De su alma virginal.

Y el viejo Zacarías  
 Que, Sacerdote Sumo,  
 Entre una nube de humo  
 Sagrado apareció,  
 Desde el umbral, propicio  
 La víctima aceptando,  
 De Dios para el servicio  
 La Virgen reclamó.

Rompiendo entonces todos  
 Los maternales lazos,  
 Tomando entre sus brazos  
 A la hija de su amor,  
 Condujo á sus piés Ana  
 A su gentil MARIA,  
 Tan llena de alegría  
 Como ella de dolor.



“Señor, dijo la madre,  
A Dios traigo en ofrenda  
De bendicion la prenda  
Que dió á mi ancianidad.  
A Dios la consagramos  
Y Dios nos la reclama:  
Nosotros acatamos  
Su santa voluntad.”

El Sacerdote alzando  
A la postrada anciana  
La dijo: “vuelve, Ana,  
A tu tranquilo hogar:  
Al que de Dios guarece  
La proteccion Suprema  
Bajo su amparo crece  
Seguro ante su altar.”

“Vuelve á tu hogar, anciana,  
Y hasta su puerta amiga  
De Jehová te siga  
La bendicion en pós.  
No pierdas tus viglias  
En maternas quejas,  
Porque á tu hija dejas  
Encomendada á Dios.”

Diciendo así el Pontífice  
Con brazos cariñosos  
Bendijo á los esposos  
Y al pueblo despidió:  
Y del sagrado templo  
Tras de las puertas de oro  
MARIA con el coro  
De vírgenes quedó.”

